

CUADERNILLO DE TEMAS GRIEGOS Y LATINOS



Constantino el Grande

REDACCIÓN

Diego Ribeira
María Mercedes Schaefer
Raúl Lavalle

Editor responsable: Raúl Lavalle
Dirección de correspondencia:
Paraguay 1327 3° G [1057] Buenos Aires, Argentina
tel. 4811-6998

raullavalle@fibertel.com.ar

**Publicación auspiciada por la Asociación Cultural Helénica Nostos
n° 10 – 2015**

Nota: La Redacción no necesariamente comparte las opiniones vertidas en esta publicación.

ÍNDICE

Raúl Lavalle. <i>La noche, tópico en el poeta neolatino</i> Lorenzo Viscido	p. 3
Mariela Tellado. <i>La venganza a través de Electra</i>	p. 10
Enrique Berbeglia. <i>La más perversa de cuantas inmoralidades</i>	p. 16
“Los dos amigos”, <i>Gesta Romanorum</i> , nº 172 (trad. española: Raúl Lavalle)	p. 18
Minucias griegas y latinas	p. 25

LA NOCHE, TÓPICO EN EL POETA NEOLATINO LORENZO VISCIDO

RAÚL LAVALLE

Conocí a Lorenzo Viscido a través de *Vates; The Journal of New Latin Poetry*, creada y editada por el profesor inglés Mark Walker.¹ Allí vi unos dísticos de este poeta neolatino,² nacido en Italia en 1952; poeta, dije, y gran estudioso, en especial de la obra de Casiodoro. En la lengua eterna escribió *Carmi latini*.³ Me ocuparé ahora de unos pocos poemas de dicho libro; concretamente, de aquellos en los que veo la presencia de la noche. Comenzaremos por “Viator nocturnus” (p. 21), compuesto en estrofa alcaica.

Siste, o viator nocte deambulans
verna per oras aligero pede.
Flabri susurrum lenis audi
somnia qui generosa gignit.

Blandi liquores conspice Nerei 5
mire nitentes sub Triviae face.
Gaude poli fulgore; forsan
crastina erit sine nocte vita.

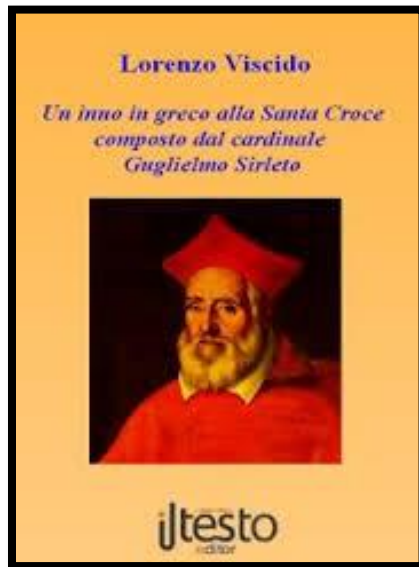
Detente, caminante que andas por las tierras
en noche primaveral, con muy rápido pie.
Escucha el susurro del suave soplo
que despierta en ti bellos sueños.
Contempla las aguas del suave Nereo,
que brillan maravillosas a la luz de Trivia.
Alégrate con el resplandor del cielo;
quizá mañana tu vida no tendrá noche.

¹ Agradezco muy especialmente al profesor Walker haberme permitido conocer, por medio del correo electrónico, a este y a otros poetas latinos actuales.

² “Monita”, *Vates*, nº 9, pp. 5-7
(<http://pineapplepubs.snazzystuff.co.uk/Vates%20Issue%209.pdf>).

³ Con introducción de Giacinto Namia; selección y versión italiana de Leonardo Calabretta. Istante, 2013.

No es raro, en la epigramática antigua, que el poeta se dirija al caminante¹ y lo invite a leer la inscripción del epitafio. Aquí Laurentius² habla a un peripatético que muy bien podría ser yo mismo; es decir, su lector. El convite no son los versos de una tumba, sino la música de la naturaleza nocturna, cuyas brisas cantarinas nos obsequian *somnus* y *somnium*. El mar y el cielo de la Calabria (Laurentius nació en Squillace) son tan bellos que provocan una suerte de éxtasis. Pero un espíritu horaciano sabe que nada es demasiado duradero. Por ello el consejo del *gaude*, porque no puedo ser *crastinae nocti credulus*. Pero ahora oigamos los armónicos dísticos elegíacos de “Melos nocturnum” (p. 24).



Harmoniam mitem dum caelica limina spargunt,
 stellarum promptam carmine mellifluo,
 cuncta illic arcana sonant et candida cuncta,
 nulla ut vox possit verba referre poli.
 Nunc solum, ante Eos noctem quam vincat amoenam 5
 et lyricas caeli destruat illecebras,
 dulce mihi est oculos operire et fingere mundum,
 ordo ubi summa quies vitaque pulchra patet.
 Nunc solum pondus curarum exstinguitur ingens
 atque levem ducit me super astra melos. 10

¹ Por ejemplo en la *Antología Palatina*: a un *hodítes* (9, 679); a un *xénos* (9, 680); a un *parerjóménos* (9, 439). Para mayor comodidad, empleo transliteraciones en los griegos.

² Ya se sabe que el autor no es necesariamente el yo lírico. Cuando yo diga aquí “Laurentius” o “Lorenzo” o “el poeta”, tampoco haré tal identificación.

Mientras los umbrales celestes esparcen armonía
suave, que nos da el melifluo canto de las estrellas,
suenan allí todos los arcanos y toda la blancura:
¡ninguna voz podría expresar las palabras del cielo!
Solo ahora, antes que la Aurora venza a la dulce
noche y destruya los líricos encantos del cielo;
solo ahora es dulce para mí abrir los ojos e imaginar
un mundo, donde se halle vida bella y reposo perfecto.
Solo ahora se extingue el peso enorme de los cuidados
y el canto me conduce ligero más allá de los astros.

Primero deseo aclarar algo sobre el v. 3. En efecto, el traductor italiano dice: “*lì ogni cosa risuona arcana ed ogni cosa candida.*” Seguramente es lo mejor, lo que responde mejor al sentir del poeta. No obstante, preferí hacer uso de libre interpretación y darle *mi* sentido a dicho verso. El lector podrá tomar uno o ambos –quizás algún otro. La arbitraria elección mía me pareció que me llevaba más fácil a esa música de las esferas. Sí, a esa *harmonia mundi*, silenciosa e inmensa, que poetas y filósofos laudaron; ante la cual solo cabe muda contemplación. Fray Luis de León, nuestro gran poeta y teólogo, escuchaba la música de Don Francisco Salinas, catedrático de música en Salamanca, y escribía en su *Oda III*.

Ve cómo el gran maestro,
aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado,
con que este eterno templo es sustentado.
Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta;
y entrambas a porfía
se mezcla una dulcísima armonía.
Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega
que ningún accidente
estraño y peregrino oye o siente.

Si bien a menudo esperamos ansiosos el día, porque nos trae luces y colores y da contornos más precisos a las formas, el poeta, sin negar necesariamente todo ello, se siente mejor en la *summa quies* que le da la noche. Además ella le permite ejercitar mejor la imaginación (*fingere*); lo aligera (*levem ducit*) y lo libera más del peso de su existencia. El día puede ser grato, sí; pero también es cierto que quiebra la música de los astros. *Nox* es un tiempo bueno para la meditación y el estudio. No en vano Plinio el Viejo, en el prefacio de su *Historia natural*, dice al emperador Vespasiano que sus escritos fueron *temporibus nocturnis*. Seguramente porque de día tenía otros menesteres; pero también porque la noche es buen momento: *vita vigilia est*,¹ añade. No en vano los griegos llamaban a la noche *euphrónē*, ‘la bienhechora.’

Tornaremos nuestra atención ahora a “Vesper Senerclensis” (p. 32); vale decir, ‘Atardecer en Senerchia.’ Dicho nombre propio designa a un municipio del sur de Italia, no muy lejos de Squillace, donde nació Lorenzo. Nuevamente se hace presente Horacio, porque está escrito en estrofas sáficas.

Desinunt sensim renitere montes floridae et valles pereunte sole. Vesper adsurgens modo cuncta velat aethere ab alto.	
En frui exoptans merita quiete anxius pastor querulas capellas collibus nuper placide vagantes fert ad ovile.	5
Membra perlassi nimio labore deserunt campos virides coloni. Conticent fabri et precibus resultat caelica sedes.	10
Quanta dulcedo magico lepore illico irrepit casulas et auram! Sancta quam vicus mihi prodit almus limite lucis!	15
Urbis hic tandem procul a venenis vertice et lato strepitus dolentis, hic potest vitae renovare amorem cor tremefactum.	20

¹ Ambas citas latinas son del mencionado Prefacio, 18.

Me dispense en este caso de traducir, porque creo que la tradición pastoril nos acerca mucho a su contenido. Quizás todavía hay pastores, como había en los tiempos virgilianos, del final de la primera *Bucólica*, cuando Títiro decía: ‘Ya a lo lejos humean los techos más altos de las villas / y sombras mayores caen de los altos montes.’¹ El pastor de esta égloga de Laurentius está ansioso por llevar al redil sus cabritas. Arrastra sin duda la fatiga del día, pero el humo homérico de rústicas casas lo convida al descanso hogareño. La felicidad que aquí se sugiere es muy profunda, porque –enseñaba el gran poeta rumano Lucian Blaga– ‘Yo creo que la eternidad nació en la aldea.’² A esto se suma la noche, cuya sede celestial recibe todas nuestras plegarias.



En este año cervantino, podemos recordar al Cervantes pastoril

¹ Virgilio, *Bucólicas* 1, 82-83.

² Es el segundo verso de ‘El alma de la aldea’, que tomo de: Mihai Eminescu – Lucian Blaga. *Dois poetas do espaço miorítico* (texto rumano y trad. portuguesa de Luciano Maia). Fortaleza, UFC, 1998, pp. 88-89. Me ayudo con el portugués y con mi muy pobre rumano para traducir el original: “Eu cred că veșnicia s’a născut la sat.”

A menudo olvidamos las bendiciones de la noche. Dicen que en algunos lugares de Alaska, donde hay luz solar continua en el verano, se ven obligados a oscurecer algunas habitaciones, en “horario nocturno.” Tal vez el peso más fuerte de nuestro poema lo lleve la palabra *dulcedo* (v. 13). Tal dulzura entonces la aportan el pequeño pueblo (*vicus*, v. 15) y la noche. Ellos dos son ajenos al estrépito y venenos de la ciudad. Si alguien gusta de paralelismos: *sol, urbs, venena / nox, vicus, alma pax*. Pero sigamos con otros sáficos, los de “Candidi amoris lumen” (p. 36).

Candido lumen renitens amore	
quod meam posset recreare vitam	
fervido optabam reperire corde,	
o veneranda,	
cum locum aspexi illecebrante forma	5
teque surgentem ex gremio profundo	
luminis, Phoebi veluti decori	
lampada, vidi.	
Aetheri linquo modo siderum ignes,	
at mihi semper maneat corusca	10
ne tegant umquam tenebrae nocentes	
pectora nostra.	

Con ardiente corazón deseaba encontrar,
venerado amor, una luz resplandeciente
de amor puro; luz que pudiera devolverme
mi propia vida.
Vi entonces un lugar de atrayente belleza;
y vi que surgías del seno profundo
de la luz, cual luminaria de Febo,
hermoso dios.
¡Que quede el éter con sus fuegos estrellados!
Pero tú permanece siempre junto a mí,
llena de brillo; no cubran nuestro pecho
malas tinieblas

En poemas anteriores vimos que se ensalzaba la hermosura de la noche y sus astros: los *siderum ignes* que menciona (v. 9). Pero aquí la amada es objeto de una comparación distinta, pues semeja la luz del Febo identificado con el sol. Como el astro rey ilumina y da nueva vida (*recreare*, v. 2), así también ella brilla en la oscuridad del ánimo y lo vivifica. No es nada nuevo, pues miles de poetas han cantado lo mismo a lo largo de siglos. Me permito glosar la idea fuerte *tenebrae nocentes* (v. 11), con una humilde copla española de mi autoría:

Eres sol, amada mía,
que ilumina mis tinieblas.
Brillen astros en la noche,
tu luz transforme mis penas.

Después de haber leído *Carmi latini* de Laurentius, dije que me proponía escribir algo sobre la presencia de la noche en dichos versos. Me gustaría que no fuera este mi único trabajo; creo que sería bueno mostrar otros aspectos de la poesía de un verdadero humanista. Intentaré entonces iniciar mi propio camino en una lectura más meditada de él. Será también una manera de cultivar la amistad. Dirás tal vez, querido lector, que la *amicitia* que acabo de mentar es una palabra desproporcionada: Laurentius vive en los Estados Unidos y yo, en un rincón austral del globo (peor todavía hoy, cuando mi pobre patria parece negarse a formar parte de la *Humanitas* perenne). Pero creo que, pese a la distancia, puede existir amistad entre dos cultores del humanismo. Uno de ellos lo hace de modo excelso; el otro, como malamente puede. De cualquier forma, lo importante es la vigencia de la Roma eterna, cosa ampliamente probada por los *Carmi latini*.

RAÚL LAVALLE